

EL
ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADEBLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*La muerte de mi hijo*, poesia, por doña Patrocinio de Biedma de Quadros.—*La calle del mal consejo*, (conclusion) por D. Carlos de Pravia.—*La sombra de Ida*, (continuacion), por Leon Gozlan.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Modas*, por Pamela.—*Labores*, por Pamela.

Con este número se reparte una lámina de crochet y el pliego quinto del tomo quinto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

XXI.

CAMILO Á OCTAVIO.

Urrea, mayo de 18...

El ídolo no ha caído, Octavio: aun no hay un grano de arena en el lago azul y transparente de mi amor: por el contrario, el pedestal se ha elevado mucho mas, al ver de lo que ella es capaz, y cómo sabe dar á la virtud un celestial atractivo.

Es imposible ver á esta niña sin adorarla: su belleza, que despues de casada se ha hecho encantadora, es nada comparada con las elevadas prendas de su corazon, de su talento, de su carácter.

¡Oh, si la vieras en medio de sus suegros, rústicos y sencillos labradores! de su cuñado, rudo y simple muchacho! de su cuñada, aldeanita gorda y colorada! ella parece una hada bella y llena de gracias, ó bien una musa que levanta su frente radiosa hasta el cielo.

Voy á confesarte una cosa muy dura de confesar para un hombre enamorado: su marido ha llegado casi á merecerla: es lo mas selecto que

hay aquí; es un jóven interesante, inteligente, bello, con una belleza simpática, suave y expresiva: y si no, ¿cómo le hubiera elegido Mérida? á través de la ruda corteza del hijo de los campos, ella debió adivinar lo que un día ú otro podía valer.

Hay en el semblante de Juan Bautista algo de altivo y de imponente que se vuelve dulce y tierno al mirar á su mujer: voy á hacerte un retrato suyo, aunque sea á la ligera.

Imagínate un jóven alto y delgado, pero que se conoce que será mas corpulento con la edad, pues acaba de cumplir veinte y dos años: imagínate una cabeza bella y gallarda, colocada majestuosamente sobre un cuello flexible: esta cabeza está poblada de cabellos oscuros y alumbra magníficamente dos rasgados ojos negros, que se abren bajo dos cejas tendidas y sedosas: imagínate una frente abovedada, una nariz delgada y fina, una boca sonadora, una mirada firme, ora velada por la ternura, ora brillante y atrevida: imagínate unas mejillas de firme dibujo, una barba redonda, una mano pequeña y nerviosa, un pié de mujer y un aire naturalmente distinguido y varonil: ¡oh! todo esto lo he examinado con la atencion perseverante de un celoso: pero ya sabes que no tengo la mezquindad de negar las ventajas en los otros, aunque las posean en perjuicio mio.

Desde que he conocido á Juan, desde que he visto juntos á estos dos niños que entran son-

riendo en la carrera de la vida, que yo he recorrido ya, y á cuyo fin me detengo cual fatigado peregrino en busca de silencio y de reposo, han pasado por mi mente pensamientos muy extraños!

¡Ah! porqué separar estas dos aves que van á buscar el huerto florido del amor! ¿qué haré yo, despertando en el alma de Mélida la voz terrible de las pasiones? ¿seré por eso mas dichoso? ¿lo será ella?

He aquí las preguntas que cada día me dirijo, muchas veces con el corazon lleno de lágrimas.

La verdad es, Octavio, que yo he vivido mucho ya, y que mi corazon siente aun la sed del primer amor... ¿qué triste es verlo cuando se le cuenta perdido!

¿Por qué no hallé antes á Mélida? esto me preguntaba yo ayer mañana paseándome por el jardin de su casa con un libro en la mano que no leía.

De repente, al volver un sendero, la ví de frente, ó mas bien, ví su vestido blanco que el aire agitaba, y arrojaba hácia mí, como para avisarme la dicha de su proximidad.

La miré y la encontré tan graciosa, tan linda, que mi corazon latió como el ala de una paloma herida.

El cielo de aquella mañana, la primera de mayo, se retrataba en sus ojos, los mas grandes, los mas dulces, los mas tristes que yo he visto jamás: sus cabellos rubios bajaban por su espalda reunidos en dos gruesas trenzas: sus mejillas estaban ligeramente encarnadas: mas blanco era su cuello que la batista de su vestido, y aun se advierte en él el sonrosado de la infancia: sus dos piés, que el viento imprudente me enseñó, caben en una de mis manos que tantas veces has llamado pequeñas: ha crecido, pero jamás se la podrá llamar una mujer alta; y eso es lo que hace que haya en ella lo que mas me encanta y me subyuga: ese aspecto débil, que parece que demanda y necesita proteccion.

Yo no sé cómo la miré que ella palideció de repente: cerró los ojos un instante como si no pudiese sufrir el resplandor de los míos, y se apoyó en el tronco de un árbol.

Sí, Octavio... se turbó: pero no con esa turbacion necia de las demás mujeres: su alteracion me espantó... habia en ella algo de terrible y mortal...!

Alargué yo el brazo para sostenerla: pero se enderezó al instante con una energía de que nunca la hubiera creído capaz.

Entonces ví venir de lejos á su marido: ya estaba Mélida, no tranquila en la apariencia, si no perfectamente tranquila: la luz de sus ojos, un instante empañada, brillaba otra vez dulce y alegre: el drama habia sido mudo, y, como siempre, habia terminado al llegar el marido.

¡Y bien! yo tengo el corazon de esta niña bajo mi mano, como tiene el niño bajo la suya la blanca mariposilla: mio será si quiero: lo sé, lo siento, lo conozco: pero ¿qué triste victoria seria esta para Camilo de Peñafiel hastiado ya de fáciles triunfos en las lides de amor! ¿qué hazaña! no fué mas ruin la de Abelardo al seducir á Eloisa, teniendo él 38 años y ella 17! y y despues ¿qué haré de mi presa? ya sabes que soy religioso como el que mas; que todas las locuras de mi juventud no se han podido llevar las sagradas creencias de mi infancia, y que aun rezo las oraciones que mi noble, santa y hermosa madre me enseñó: ¡pues bien: me mataria mil veces antes que alterar en lo mas mínimo la reputacion de Mélida!

Aquí estoy encadenado, como Prometeo á la roca fatal: todo está aquí lleno de ella: si pienso en alejarme, mi corazon se subleva y llora lágrimas de sangre: si decido quedarme, me avergüenzo de mí mismo y me pregunto á qué conduce la prosecucion de tan grande necedad: al fin, creo que me alejaré de aquí... si, dejemos á estas tórtolas en el nido de su amor. Juan la merece mas que yo: aun está su corazon lleno de ilusiones, y el mio está hueco como un sepulcro! sí, huyamos! yo soy la negra nube que ha aparecido en este cielo azul: el alma apenada que vá en busca de algo, que halló por fin, pero que ya era de otro dueño! en dos cosas pienso hoy todo el día: en el suicidio, y en que hay otra vida eterna!

Soy demasiado valeroso para suicidarme y quiero vivir aunque sea para el martirio.

¡Vivid, pobres niños! jóvenes esposos como los que he visto en mis viajes por los desiertos de la India, vivid! ojalá podais suspender algun día las cunas de vuestros hijos, de las ramas floridas de los almendros! ojalá veais al rededor vuestro una dilatada familia de nietecillos, á los que legueis el ejemplo de vuestras virtudes, de vuestra inocencia y de vuestro amor!

CAMILO.

(Se continuará.)

Maria del Pilar Sinués de Marco.

LA MUERTE DE MI HIJO.

Ya tiende la noche su calma sombría,
El alma ajitada ni aun puede pensar;
Espero afanosa la aurora y el día,
Y en tanto no cesa mi triste llorar.

Su cuna velada de blancos encajes
Se mece á mi lado con dulce rumor,
Y lento se oye detrás sus celages
El eco doliente de mi ángel de amor.

Sus bellas mejillas la fiebre enrojece,
Sus lábios purpúreos marchitos están,
Y en su frente pura que ya palidece,
Mil besos ardientes mis lábios le dan.

¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Dejadme su vida!
¡Él es mi tesoro, mi bien, mi ilusión!
¡Él es en el mundo mi prenda querida!
Si muere, yo pierdo mi débil razon.

Si os falta una vida, llevaos la mía;
Gozosa os la diera, si él puede vivir.
¡Que yo no contemple su triste agonía!
¡Que no se prolongue su lento sufrir!

Confío en el cielo: contemplo anhelante
El rostro sereno de mi ángel de paz:
Su pecho de nácar se ve palpitante
Y ya se colora su angélica faz!

¡Dios mio! ¡Mi hijo! ¡Mi bien! Mi delirio!
Miradme doliente de pena morir.
Haced que yo sufra terrible martirio
Y haced, Dios piadoso, que él pueda vivir.

Mas ya no se oye el lento gemido
Que exhalan los lábios de mi ángel de amor,
Su pecho nevado paró su latido,
Su frente serena no anubla el dolor.

Sus ojos divinos contemplo velados:
Al mármol semeja su nítida tez...
Sus lábios de rosa se encuentran helados,
Ya viste su frente mortal palidez!

Mis trémulos lábios los suyos besando
Querían prestarles su vida y calor:
Su aliento postrero mi frente rozando
Pasó cual la brisa que mece la flor.

Mi sangre su curso detiene y se hielas,
Mi pecho se rompe de tanto sufrir,
Con nubes opacas mi vista se vela...
¡Oh, gracias, Dios mio! ¡me siento morir!

Mas ya al dolor vuelvo, recobro mi llanto:

Mi sangre circula; ya vuelvo á vivir!
¡No quiero la vida, perdió ya su encanto
Des que el hijo mio dejó de existir!

No quiero la vida que tú ya has dejado,
Contigo te llevas mi fiel corazon,
Cual ángel hermoso al cielo has volado
Y nada hay que calme mi acerba afliccion!

¡Mas no, no, Dios mio! La calma el consuelo
Que infunde en el alma la santa oracion,
Y escucho que dices:—«su pátria era el cielo
Y espera á su madre en otra region.»—

Tu mano, Dios mio, le puso á mi lado
Cual fiel mensajero de paz celestial!
Tu mano potente me le ha arrebatado!...
¡Dichoso él que goza tu gloria inmortal!

Patrocinio de Biedma de Quadros.

LA CALLE DEL MAL CONSEJO.

(Conclusion.)

«Acabada la justicia, el obispo con toda la clerecia y cofradias en solemne procesion vinieron á esta casa, donde acaeciò el milagro y la consagrò por iglesia que hoi se llama de Corpus Xpti, desde el qual tiempo el dia de Corpus Xpti cada año se verifica una solemnisima procesion por toda la ciudad á esta iglesia (1).» El obispo aun no cesaba de hacer inquisicion sobre los que habian quedado. Los judios temerosos de la muerte y castigo que habian de pasar si se descuidaban, trataron de hablar con el maestresala del obispo, al qual dieron gran cantidad de dinero porque echase veneno en el manjar del obispo y lo matase, el qual recibido el dinero, prometiòlo. Así un dia, siendo ya hora de comer, el maestresala entrò en la cocina y con palabras engañosas hizo al cocinero que saliese de la cocina, y viéndose solo, tomó el veneno y mezclòlo en la salsa que se aparejaba para el obispo, y luego saliòse de allí y mandó poner la mesa al obispo. El cocinero volviendo á su oficio comenzó á menear la salsa para echarla en unos platillos, y cayòsele una gota en la mano, y luego comenzó á hacer tal llaga, que no solamente la mano, mas todo el cuerpo

(1) Todavía se celebra esta funcion religiosa en desagravio de las ofensas hechas al Santísimo Sacramento. Llámase de la *Calorcena*, porque antes contaba Segovia catorce parroquias, y cada año salía la procesion de una de ellas por riguroso turno, como sucede en el día.

se le empozoñaba. Como vió esto, comenzó á dar grandes voces diciendo: ninguno coma hoy de lo que está aparejado en la cocina. El obispo oyendo estas voces haciendo presurosa inquisición de este negocio, ántes que hubiese otro confesó, y así halló la verdad y luego el maestresala fué preso y atormentado de recios tormentos y confesó la verdad de lo que pasaba y fué hecho cuartos y muchos de los judíos que fueron en esta traición, fueron quemados, otros arrastrados y desuartizados, otros que no tenían tanta culpa fueron reciamente azotados, otros desterrados perpétuamente.

Para dar testimonio de lo qual todas estas cosas por orden como están contadas el egregio doctor de Espina, informado de hombres que se hallaron presentes al negocio, lo escribió en latín en un libro que se llama *Pináculo de fe* que está hoy día en la librería de S. Francisco de Valladolid.

Y porque esto sea notorio á todos los fieles christianos, el muy reverendo señor Francisco Martínez, canónigo de la iglesia colegial de Nuestra Señora de Santa María de Parraces, mandó sacar este tratado de latín en romance.

Laus Deo.

Benévolo por devoción y con la prisa de despedida y viage el P. P. Francisco Xavier de Oñate de el orden premostatense. Año de mil ochocientos siete.

El lector habrá adivinado ya que la calle donde el sacristán de San Facundo y Don Mair tuvieron la plática y acordaron lo que con tanta minuciosidad se refiere en el documento que dejamos trascrito, no era otra que la conocida desde entonces por CALLE DEL MAL CONSEJO.

En la iglesia del convento de *Corpus Christi* se ven aun anchas y profundas grietas (1) en muros, arcos y pilares, tan considerable alguna de ellas, que permite el paso á la luz de las habitaciones interiores. Al lado de uno de los altares, que cubre sin duda una antigua entrada del templo, hay dos figuras bárbaramente dibujadas en la pared: la una tiene una custodia en la mano y está en ademan de cambiarla por una bolsa que le alarga la otra. Encima de las cabezas se lee la siguiente inscripción: *Esta es la puerta por donde salió el Santísimo Sacramento, y este es el sacristán que dió por prenda el Santísimo Sacramento á D. Mair, médico de esta ciudad: renovóse año de 1624.*

(1) Colmenares, que escribió en el siglo XVII su *Historia de Segovia*, dice que en su tiempo se taparon: pero nosotros las hemos visto hace pocos meses.

Hemos buscado en vano la relación de este suceso en la *Crónica de D. Juan II* que escribió Alvar García de Santa María. El autor del *Pináculo de fe* cita por testigo á Fr. Juan de Canalejas, dominicano, que estuvo presente cuando los judíos entregaron la hostia.

Cárlos de Pravia.

LA SOMBRA DE IDA.

POR LEON GOZLAN.

(Continuación.)

Ya me esperaba esto! dijo mi padre muy contrariado, no podía tener otra conclusión.

Y receloso de fijar en el espíritu de mis hermanos y sobre todo en el mío, un hecho semejante, tan fácil de grabar en nuestras imaginaciones jóvenes, repuso:

«Ved, hijas mías, y no lo olvideis, de qué manera concluyen todas esas historias de encantamientos, de sortilegios, de evocaciones. Siempre se quedan en el aire, con un pié levantado, ó con una ala pendiente. Bien, crédulo Flandern, yo voy á concluir la historia de la sombra.

—¿Vos, señor?

—Sí, pero para esto, es preciso que la vuelva á empezar, ó mejor, no volveré á empezarla, la colocaré solamente sobre sus dos piés. Dime, Flandern, ¿al otro lado del río que pasa por Bamberg, en la otra orilla, no se ven algunas colinas?

—Sí, señor, y muy altas comparadas con el nivel de la otra orilla sobre la que se levanta la ciudad, como habeis dicho.

—Muy bien. Dime ahora, ¿y no era por ese lado mas alto por donde tu veías aparecer, elevarse gradualmente el disco de la luna cuando estaba en su apogeo?

—Sí, señor, eso es.

—Continuemos: la casa de la ciudad, la intendencia y la catedral, ¿no están edificadas la una delante de la otra? y el primero de estos tres edificios ¿no está enteramente descubierto?

—Pero cómo sabeis?...

—Pues bien, escucha con tus dos oídos la explicación de esa fantasmagoría, ó mejor, la última palabra de tu historia.

—Ya escucho, señor.

—Por un motivo que yo ignoro, quizás por dar á conocer, por mostrar, en señal de su



venganza, su sombra en la fachada de la casa de la ciudad, los desgraciados, que de seguro no perecieron ahogados, venían cada plenilunio á colocarse sobre la cima mas culminante de la ribera que hace frente á Bamberg. En esta posicion tomada por ellos, cuando el astro se elevaba, forzosamente sus rayos habian de alumbrar por detrás á los tres desterrados colocados como una pantalla sobre la colina, y al instante su sombra, pasando al otro lado, iba á pintarse en la pared blanca del palacio del burgomaestre, fenómeno físico, de que cada uno puede disfrutar cuando quiera.

Esta es, mi querido Flandern, esta es, mis queridas hijas, la esplicacion natural del milagro que ejerció la imaginacion de los habitantes de Bamberg. Y ahora que he atravesado de parte á parte las fantasmas, que las he muerto, mi viejo Flandern, ahora que debes estar bien convencido de que la sombra no es nada por sí misma, absolutamente nada, vamos todos á acostarnos.

IV.

Colocada yo entre la opinion de Flandern y la de mi padre, incliné todo el peso de mis razones, como se supondrá, hácia la opinion de Flandern que respondia tan bien á la mia y que estaba en consonancia con mis propias impresiones. La opinion de mi padre hablaba secamente á mi razon, la del criado alemán adulaba mi imaginacion, le abria perspectivas inmensas en el infinito y le descubria todo un mundo de creaciones misteriosas. Lo maravilloso me arrastraba, y se observará, prosiguiendo la lectura de este capítulo de mis Memorias, que ejerció este sentimiento una influencia desconocida y sobre todo imprevista en mis ideas, y por consecuencia en mi conducta: las ideas son el aguja encantada por las que la conducta se dirige, se aleja ó se acerca al bien.

Fuertemente preocupada con lo que se habia dicho en mi presencia y por causa mia, durante aquella noche, tuve curiosidad de observar, en el trecho que tenia que recorrer desde el salon á mi alcoba, la exactitud matemática con que mi sombra seguia todos mis pasos al rededor de la espiral de la escalera, teniéndola ya cerca de mí, ya corriendo, volando delante con alas invisibles, como para anunciarme, ya siguiéndome como una doncella fantástica condenada á repetir mis menores gestos, mis mas imperceptibles inflexiones de cuerpo. Al entrar en mi cuarto en

aquel estado de fiebre, sentia agitacion, curiosidad y sobre todo temor. Hasta entonces, este último sentimiento que se confunde frecuentemente con el miedo, que es un error, porque el temor vuelve dulces, recogidas, piadosas, á las almas, mientras que el miedo, por el contrario, las vuelve desgraciadas y cobardes; hasta entonces, pues, como he dicho, el sentimiento del temor no habia ejercido accion alguna sobre mí. Siempre habia hecho hasta entonces la oracion al acostarme, no diré con negligencia, porque seria decir poco, sino con estravagancia. Llevada por la costumbre, quella noche, como siempre, despues de haberme puesto de medio lado mi gorra de noche sobre mis cabellos mal peinados, caí maquinalmente [de rodillas, y me puse á murmurar, sin pensar en que rezaba, todas las oraciones que sabia de rutina.

Pero ¿qué se ha hecho mi sombra? me interrumpí en medio de una oracion: por lo que se verá cuán poseida estaba yo del fervor que toda jóven debe experimentar al ponerse en comunicacion con el cielo. Repetí la pregunta, cuando mi sombra, como si me hubiese oido, se encontró, perfectamente pintada, en la pared de mi alcoba y como en un cuadro formado por los pliegues de dos cortinas rojas convertidas en negras en el muro, dentro de cuya especie de marco venia á parar mi sombra. Me estremecí. Mas recogida que por la mañana en el salon, mi sombra nocturna me representaba mas real, mas semejante que la del dia. Llegaba casi, en ciertas partes del rostro, á la precision del retrato. Puedo decir que lo que esperiménté fué miedo, al ver mi perfil desmesuradamente largo, parecido al de esos chivos que se cuenta van los sábados á media noche acompañando á las brujas, y mi frente herizada de una guirnalda de serpientes, coronarse de dos espantosos cuernos.

Si no se ha olvidado la conviccion con que me habia asimilado á cada palabra de la historia de Flandern, se comprenderá, sin que tenga necesidad de añadir por mi parte palabras superfluas, el terror de que fuí herida á la vista de mi imagen adornada con todos los atributos con que aparece ordinariamente el espíritu del mal.

Sin preguntarme si aquello sería ó no efecto de mi tocado de noche, verdadera tempestad de gorra, de cabellos, de alfileres, de peines, de pañoletas, que me retrataba en la pared como la cabeza de una furia, di un salto, pero un salto de lobo perseguido por los perros, sobre las cortinas de la alcoba, y despues de haberlas

apartado á derecha é izquierda por dos movimientos imperativos, me lancé como una flecha contra la aparición.

Pero la aparición se desvaneció tan pronto como fué atacada, y tal fué el golpe que recibí contra la pared, tan bruscamente acometida por mí, que caí hácia atrás, derrivando el velador sobre el que estaba colocada la lámpara. Es indescriptible el terror que experimenté al quedarme á oscuras. Si llamo ¿quién me responderá? ¿Qué veré al abrir los ojos?

Así permanecí hasta que amaneció. La blanca luz de la mañana trajo el reposo del cuerpo y el de las ideas. Entonces me di cuenta de las sensaciones que había experimentado, y mi espanto se calmó.

(Se continuará.)

(Traducción).

Jerónimo Lafuente.

REVISTA DE LA SEMANA.

El calor casamentero. — Trescientas bodas y pico. — Comentarios galantes. — Noticias frescas. — Doce versos.]

La primavera ha dado sus resultados; el calor ha hecho de las suyas. Y si no, ahora verán ustedes las consecuencias.

En la última semana ha habido en Madrid mas de trescientas bodas. Corramos un velo muy espeso.

Segun me han contado, varios curas párrocos, varios testigos, varios novios y varios periódicos, las gentes de Madrid no hacen otra cosa, de algun tiempo á esta parte, que ir y venir á la Vicaría, concluyendo todas por dar con la cabeza en la parroquia.

¡Horror, terror, furor! ¿qué es esto, y en qué país estamos?

En el país de las anomalías. Observemos lo que en este país sucede.

No hay un soltero que no diga pestes del matrimonio; no hay un solteron que no se burle de la union sagrada del hombre y la mujer por toda la vida; no hay un autor dramático que en todas y en cada una de sus obras deje de po-

ner á los maridos en una *berlina* de las mas incómodas; no hay mamá que no asegure que los jóvenes están muy *retraídos*; no hay polluela insolvente que no procure probarnos la imposibilidad en que el bello sexo se encuentra de arrojarse en los brazos del sexo feo; no hay libro, ni periódico, ni romance de ciego, ni caja de fósforos, en que no puedan Vds. ver á todas horas puesta en completo ridículo la cofradía de los casados.

Y sin embargo, ya saben Vds. lo que está pasando. En una semana, trescientas bodas.

Se casan los literatos; se casan los comerciantes; se casan los artistas; se casan los ingenieros; se casan los militares; se casan los diputados (¡... ...) hombre, qué más? hasta los agudadores.

El caso es grave, muy grave, gravísimo.

¡El mundo marcha! ha dicho Eugenio Pellenet.

¡El mundo se casa! digo yo. Y esto es lo grande.

Convengamos en que los hombres son débiles hasta el mayor extremo. ¡Vengan Vds. acá, parlanchines de café, filósofos de saloncillo, *Luter*os patilludos, *Voltaire*s con melenas, ¿de qué les sirve á Vds. renegar de las hijas de Eva, y jurar y perjurar que el matrimonio les pone los pelos de punta y les dá dolor de cabeza, si al fin y postre de tantos *exabruptos* han de pronunciar aquel *si* en los altares, aquel *si* bemol, primera nota de la sinfonía de la ópera bufa que van Vds. á ejecutar en el teatro social del siglo XIX?

Jamás he tomado la pluma con mas satisfacción y mayor contento que hoy, al comenzar estos renglones.

Porque yo me alegro en el alma de que los hombres y las mujeres se casen, pacíficamente, así como quien no hace nada.

Porque yo me regocijo en lo íntimo de mi corazón al ver á mis colegas los solteros esclavos de la dulce tiranía del amor.

Porque yo (y mis habituales lectoras son testigos) he abogado siempre por la causa del matrimonio.

Pedir mas gravedad á un revistero, fuera gollería.

Créanme mis lectoras; los hombres no saben lo que se pescan. Censuran al sexo bello amargamente y no saben infelices! que tarde ó temprano se *resellarán*, como decimos ahora.

Y en verdad, ¿quién habrá que pueda resis-

tir á los encantos con que asedian á nuestros corazones las mil y mil hermosuras que pululan por esas calles?

Yo me declaro vencido. Y eso que en materia de luchas morales,

A prueba de contrarios estoy hecho,
como decia el poeta.

La estacion porque estamos atravesando es temible. Salir una tarde á los jardinillos de Recoletos, ir por la noche á los Campos Elíseos, recordar durante las breves horas que uno duerme lo que mas impresion le ha hecho, y madrugar para ir á las alamedas del Retiro, todo esto reunido forma un tratado de amor y poesia que comprende desde la epopeya hasta el idilio.

Por todas partes mujeres hermosas, por todas partes aromas embriagadores, por todas partes vegetacion, y lozanía, y vida, y frescura. ¡Ay corazon! ¡Estás fresco!

Y á todo esto, dirán Vds. que ¿en dónde está la revista de la semana? A lo cual les responderé yo con otra pregunta.—¿Qué ha sucedido en la semana pasada?

Que Tamberlik ha cantado admirablemente el *Guillermo*, que Leotard ha volado como una golondrina, que Carolina Civilí ha conmovido á los espectadores del teatrillo de Variedades. Nada de esto es nuevo.

Esperemos, pues, que Dios proveerá. Y mas vale tarde que nunca, y hay mas dias que longanizas, y lo que no sucede hoy, sucede mañana.

Concluyo, pues, contando á Vds. un extraño suceso de que he sido inocente víctima.

Uno de mis amigos tuvo hace pocos dias la humorada de recoger varios papelitos que vió esparcidos por el suelo de un portal. Los unió cuidadosamente y se encontró con unos versos cortitos, pero no muy buenos.

Al punto vino á buscarme y enseñarme el hallazgo. Aquellos trocitos de papel pegados con goma sobre una cuartilla en blanco, produjeron el siguiente resultado.

Ví tu boca y me dió enojos
Su *pequeñez* estremada:
De ella aparté la mirada
Y me encontré con tus ojos.

—
Los miré con estrañeza
Y..... cuentas no me demandas,
Pero al mirarlos tan grandes
Bajé humilde la cabeza.

—
Y al apartarme de tí

Fuí diciendo entre mis sueños:

¡Los *grandes* y los *pequeños*
Se conjuran contra mí!

—¿Qué te parece? me preguntó mi amigo.

—Me parece, le dije, que el autor de estas coplas las ha hecho pedazos porque le han parecido malas.

—¿Adivinas al autor?

—¿No he de adivinarlo, si está su firma al pié de los versos?

—Es verdad, exclamó mi amigo; no habia reparado.

Y, al mirar la firma, soltó una estrepitosa carcajada.

Los versos estaban firmados por

Eusebio Blasco.

MODAS.

La alpaca, el foulard, los tafetanes de cuadritos, la muselina suiza y otras mil telas ligeras hacen su aparicion con los primeros calores del estío, y hablan de los nocturnos paseos, y de las agradables veladas de los Camppos Elíseos y de los circos ecuestres.

Pero dejemos para otro dia el hablar de trajes, y ocupémosnos hoy, lectoras mías, de una cosa no menos importante: de peinados.

Es indudable que una señora ó señorita, peinada mal ó con poco gusto, no estará nunca elegante: una dama, gran conocedora del mundo, dice que las mayores seducciones de la mujer residen en la cabeza y en los pies: dediquemos, pues, hoy nuestra atencion á la cabeza.

* * * *

Recomendaremos á las jóvenes rubias un peinado que hemos visto, llamado diadema *fri-sada*, y que es del efecto mas delicioso.

Debemos advertir, ó mas bien repetir, lo que ya hemos dicho otras veces: ninguna señora ejecuta su peinado con sus propios cabellos, que aunque fueran muy abundantes y hermosos, se estropearían lastimosamente: los peluqueros tienen los peinados hechos, ó los hacen de suerte que no se necesita mas que prenderlos con horquillas.

En la peluquería del Sr. Peña, calle de la Abada, núm. 26 hallarán especialmente nues-

tras lindas lectoras cuanto necesiten para sus peinados, elaborado con perfeccion y equidad.

Os empecé á hablar mas arriba de las diademas *frisadas*, tan lindas para las jóvenes rubias.

Es, en efecto, una especie de diadema de cabellos rizados, que se reune por detrás á una moña de rizos, muy batidos y ligeros; estos rizos se cubren con una redecilla muy fina adornada con algunas sargas de perlas, engastadas en las mallas.

....

Otro peinado encantador para jóven de cabello mas oscuro, es recogiéndolo hácia atrás: sobre él, se coloca una gruesa trenza en forma de diadema: en el centro de la frente va prendido un grupo de tirabuzones: detrás, castaña formada por tres gruesas trenzas de tres ramales cada una, que figuran estar sostenidas por un lindo peine de estilo griego.

Viene luego el peinado Imperio, compuesto de una castaña un poco alta: sobre ella se colocan algunos rizos; delante, bucles y cintas entrelazadas del color del traje.

....

Se llevan mucho tambien las castañas ya rizadas á ondas, ya lisas, atravesadas por tres trenzas: los lazos, formados de trenzas y sujetos por medio de un peine de oro: y las castañas con un grupo de rizos encima.

Igualmente fabrica el Sr. Peña unas preciosas castañas de cabellos, compuestas de gruesos ramales entrelazados, que forman una trenza; trenzas diademas, y toda clase de rizos y bucles sueltos, *caprichos* diminutos, rizados para las entradas de la frente, y multitud de accesorios fáciles de colocar, y con los cuales cada señora puede peinarse por sí misma si quiere.

La buena confeccion de los postizos evita á las damas un trabajo inmenso; porque la vida entera no bastaria para disponer, ondular, batir y arreglar el cabello propio, además de que se estropearia completamente.

....

Réstanos hablar del peinado *Margarita*, esto es, del que consta solamente de dos trenzas que bajan por la espalda: esta moda nos parece cómoda para los baños, y para las primeras horas de la mañana; pero la creemos del todo impropia para trage esmerado.

Además, tiene el inconveniente de echar á

perder los trages, pues por poca pomada que se dé al pelo, siempre deja algo en los cuerpos de los vestidos y confecciones, entendiéndose que, caso de usar este peinado, solo debe ser por señoritas muy jóvenes.

Ya sabeis, pues, lectoras mias, adonde debéis acudir, á fin de obtener todo lo que se necesita para ponerlos encantadoras, advirtiéndos de paso que el Sr. Peña tiene además un excelente surtido de perfumería.

Pamela.

LABORES.

Crochet.

N.º 1. Si se ejecuta este dibujo solo hasta la línea, formará un círculo lindísimo para cubierta de taburete de piano; en tal caso, se la guarnecerá de un fleco de algodón.

Si se quiere obtener un velo cuadrado para almohadon ó sillon, se suprimirá esta línea, y se ejecutarán tambien los ramos de las esquinas.

Ejecutándolo con el algodón grueso, sirve para cubierta de velador; pero para este uso aconsejamos que se emplee lana céfiro en vez de algodón blanco, bien toda de un color, bien sirviéndose de un matiz mas claro para el dibujo y mas oscuro para el fondo.

Aun preferimos nosotros otra ejecucion, que es la de hacer todo el dibujo de sus colores naturales, lo que, sobre fondo azul, carmesí ó maderado claro, será de un delicioso efecto.

Si esta labor se quiere hacer de grandes dimensiones, se la guarnecerá con el entredos designado con el número siguiente.

N.º 2. Entredos para guarnecer sea una colcha, velo de sillon ú otros objetos: para cubierta de lecho de niño, será muy lindo hacer el fondo con el dibujo núm. 3, y adornarlo con este entredos.

N.º 3. Imitacion de guipure para cubierta, cortinillas ó velos de butacas.

N.º 4. Velo para sillon: se le puede agrandar, guarneciéndole con el entredos núm. 2, ó con una puntilla de capricho.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARIA DEL PILAR SINÚES DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.

